

# LA MADRE DE FAMILIA.

## REVISTA

### MORAL Y RELIGIOSA

CON LA

aprobación eclesiástica,  
y bajo la dirección

DE

E. Lozano de Vilchez

Granada.—Darro del  
Campillo, 15.

Contendrá artículos  
de costumbres, nove-  
las, poesías, sección  
doctrinal, y cuanto  
juzguemos á propós-  
ito para la instrucción  
religiosa, la enseñan-  
za y el recreo.

Este periódico sal-  
drá los días 8, 14, 23 y  
30 de cada mes, y con-  
tará de ocho páginas,  
en igual tamaño al de  
este prospecto.



## SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán  
e cuatro en cuatro  
meses para facilitar de  
este modo á los sus-  
critores la adquisi-  
ción de las tarjetas es-  
tablecidas para pa-  
go de periódicos, que se  
expenden en todos los  
estancos; admitiendo  
se también en sellos  
de franqueo de 10 y 15  
centimos, prefirién-  
dose siempre, donde  
as haya, las letras del  
 giro mutuo.

Si, como á los  
señores que quieran  
suscribirse, que al  
arnos el aviso mar-  
quen bien su nombre,  
pueblo de su resi-  
dencia y provincia á que  
pertenece.

23 de Marzo de 1879. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 43.

## SUMARIO.

Lea, ó la Cruz triunfante, por D.<sup>a</sup> Matilde Bourdon.—  
Al amor de mi alma, poesía por Luisa.—El rico y el  
pobre, cuento.—María Santísima entre los idólatras.  
A Granada, poesía por D.<sup>a</sup> María Galán y Godoy de  
Estéban.—Sección doctrinal, por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lo-  
zano de Vilchez.

## LEA, Ó LA CRUZ TRIUNFANTE.

(CONTINUACION.)

VII.

LA HIJA DE CONSTANTINO.

En las primeras horas de la mañana LEA sola  
en su aposento, con el *estilo* en la mano, es-  
cribía en dísticos latinos una traducción de la  
Antología griega. Estudiaba con el mismo cui-  
dado que cuando su abuelo presidía sus trabajos,

seguía una misma regla de vida, leyendo, es-  
cribiendo, ó tomando el huso y la aguja, todo  
alternativamente; honrando á sus dioses de  
igual manera, y esforzándose en reproducir en  
su vida y en sus ideas la mujer romana de otros  
tiempos, altiva, púdica y entregada á sus debe-  
res. La casa de la noble Cornelia, elegante, sun-  
tuosa, llena de extraños inventos del Asia, del  
Africa y de la Galia, en nada recordaba las se-  
veras costumbres de los antiguos ciudadanos;  
Clelio y Porcio no habían vivido bajo techos de  
oro y cedro; el altar de los dioses lares en el  
vestíbulo, y las efigies de los antepasados en el  
triclinio, recordaban apenas los antiguos tiem-  
pos: Cornelia, de un natural inquieto y supers-  
ticioso, se hacía explicar los sueños que tenía,  
consultaba el porvenir y pasaba largas horas en  
conferencia con un sábio venido de orillas del  
Eufrates; Antonia perdía mucho tiempo en el



tocador, y divirtiéndose con sus criadas; leía un poco, pulsaba la lira, cultivaba sus flores y se entretenía con sus pájaros y sus gacelas; sin embargo, por dulce que fuese su vida, por risueña que apareciese su frente, había en el fondo de esa límpida fuente un negro y triste pensamiento: la desposada de Anicio no era dueña de sí misma, y se esforzaba en reír para aprender á olvidar. Para cerrar los ojos al porvenir, extendía ante ellos un velo tejido de rosas; con todo, no puede uno engañarse á sí propio, y el eco de un nombre, el ruido de pisadas en la casa, la hacían palidecer ó coloraban sus mejillas.

Entró en la cámara en que LEA estudiaba, después de haberse engalanado más de lo acostumbrado, lo que la hacía más hermosa. Al verla, dijo LEA:

—¡Tan de mañana! Aun no ha asomado el sol, y te has puesto ya un vestido de seda de Cos... y estos pendientes de esmeraldas... y esta encantadora corona de flores... y este velo ligero como el céfiro... pues ¿qué ocurre?..

—¡Ah! hoy es un día de fiesta! dijo Antonia abrazándola: ayer al anocheecer llegó un correo, cuando ya te habías retirado á descansar. Trajeron una carta de una persona algo parienta y muy amiga nuestra, aunque en posición mucho más elevada; es decir, la hija del Emperador, Constancia, mi amable parienta, á quien jamás podré decidirme á llamar Augusta, ni Eternidad: mejor la llamaré Serenidad, ¡tan apacible es su semblante!

—Con que, ¿en honor de la princesa Constancia te has vestido con tus mejores galas?

—Sí: hoy debe visitarnos; mi madre ha dictado disposiciones para la comida; y por mi parte he preparado los instrumentos músicos y los juegos; pero no le ofreceremos danzas mímicas, ni las bufonadas de los enanos, pues su severidad no se aviene con tales diversiones, y su salud es tan delicada, que necesita silencio, reposo y amistad.

—Todo eso encontrará en vuestra casa y en vuestro corazón, cara Antonia.

—Así lo espero; pero ¿no nos acompañaras, amiga LEA?

—Si crees que mi presencia pueda ser grata, me presto á ello gustosa,

No se hizo esperar mucho la hija de Constantino, que fué recibida por sus amigas con cierto respeto mezclado con caricias, en que se confundían la familiaridad de la sangre y de la amistad con los miramientos debidos al rango de la Princesa. Constancia dejó sorprendida á LEA

que no conocía las reinas y las emperatrices sino por la historia y la poesía, y que se las representaba, ora como la graciosa Cleopatra, serpiente del Nilo que había encantado á Antonia; ora como Zenobia, cargada de cadenas de oro, y altiva aun en su humillación; ó bien modelos de infortunio, como la esposa y la hija de Diocleciano, de la cual conocía su destierro, sus desgracias y su trágico fin.

Constancia no tenía la belleza de la Reina de Egipto, ni el dolor imponente de Valeria, viuda de uno de los señores del mundo: era una joven delicada, sencilla en el vestir, modesta en su porte, y que parecía pedir se olvidase su nombre y su posición, había en ella algo que LEA no podía comprender: una desconfianza de sí propia, una reserva púdica, una palabra humilde, un silencio lleno de respeto hacia los demás, una deferencia con todos, un cuidado por las penas ajenas, que en nada se parecía á la ferocidad romana, que tanto se envanecían los verdaderos hijos de la Loba. A su llegada le ofrecieron frutas y licores enfriados en la nieve: una joven esclava, casi niña, dejó caer una ánfora, demasiado pesada para sus débiles manos; hirióse en el pie, y miró á su señora con terror; pero Constancia con semblante bondadoso dijo al punto:

—Noble Cornelia, hacedme el obsequio de hacer descansar á esta niña, y no la castigéis por amor mío.

—Seréis obedecida, dijo Cornelia sonriendo. Retírate, Aglae, y no temas.

—¿Os compadeceis de los esclavos? ¡Cuánto más valeis que el viejo Catón! dijo Antonia riendo.

—¡Oh! póngome en su lugar: ¡si debiese yo llevar una ánfora como esta!...

Estas palabras sorprendieron á LEA; pues nunca había pensado, aunque no era dura ni cruel, que un esclavo pudiese sufrir. La costumbre la había revestido de indiferencia como de una coraza impenetrable.

Pronto trascurrió el día: una abundante y espléndida comida, algunos juegos y amigables conversaciones lo ocuparon todo. LEA reparó que la hija del Emperador nunca hablaba de las grandezas que la rodeaban, pero nombraba con amor á toda su familia, su abuela Elena, su hermano Crispo, y su mismo padre, cuyas bondades con los suyos refería.

—Pues ¿no le teméis, noble Constancia? preguntó Antonia.

—¡Oh! no, pues procura imitar á Dios mostrándose muy grande y muy bueno.



Cuando se disponía á partir, en el momento en que el quadriga que la habia conducido esperaba en la puerta, y mientras los hermosos corceles relinchaban de impaciencia y herian con sus piés la tierra, abrazó á sus amigas y les dijo:

—He gozado en compañía vuestra un día tan feliz, que me hace sentir deseos de visitaros á menudo. ¿Tendréis á bien venir á pasar conmigo en palacio el primer día de la semana? También os convidó á vos amable LEA; acaso podré ofreceros un espectáculo digno de vuestros ojos. ¿Vendréis?

Aceptó Cornelia en nombre de su hija y de su pupila, y se separaron, pareciéndoles que aquel día habia transcurrido con mayor velocidad que los demás.

## VIII.

## LOS CAMPOS VATICANOS.

El templo de Jerusalem habia visto en otro tiempo al magnánimo Alejandro postrado á los piés del gran sacerdote Jaddo, pero desde aquella época lejana, el mundo no habia contemplado este sublime espectáculo: abatido el poder de la tierra; la grandeza soberana voluntariamente humillada ante el verdadero Dios. Constantino comenzó este largo cortejo de reyes que pusieron la cruz encima de la corona, que bajaron ante la caña de Cristo su cetro y su espada, y que eran tanto mas grandes ante los hombres cuanto mas pequeños ante Dios. Él abrió el camino por donde marcharon Clodoveo y Carlomagno, Alfredo y Godofredo de Bouillon, san Esteban y san Luis, todos esos fundadores de imperios, cargados de victorias, conquistadores, y siervos de Jesucristo.

El pueblo fiel se dirigia en tropel al Campo Vaticano, inmediato al mausoleo de Adriano; magníficos sepulcros, monumentos admirables se elevaban por todos lados cerca de las grutas donde resonaban los antiguos oráculos; pero el pueblo no se detenía ante el sepulcro de Neron, ni en el templo de Marte, ni en el de Apolo, cuya bóveda daba libre entrada al sol y á la luz; sino que se dirigia á una colina solitaria, al pié de la cual se abría una estrecha cripta, cuya entrada estaba oculta entre las matas. Una alegría grave y una expectación solemne animaban todos los semblantes, señal indudablemente cierta con que podía reconocerse á los cristianos; mientras sus adversarios, los triunfadores de la víspera, mostraban su postración en sus som-

brías frentes; ellos miraban con inquietud aquellas muchedumbres en traje de fiesta, y erraban pensativos por aquellos lugares á los cuales sus ascendientes habian unido siempre ideas misteriosas. Al fin, vieron llegar una numerosa cohorte, formada de hombres de edad avanzada, entre los cuales sobresalía un anciano cubierto con largas y blancas vestiduras que parecia el jefe de aquella tropa sagrada; y en las filas podía observarse á muchos hombres que llevaban como veteranos profundas cicatrices, señales de antiguas y crueles heridas. A unos les faltaba un ojo, otros eran del todo ciegos, otros tenían miembros mutilados, y no obstante caminaban cantando himnos, en una actitud llena de serenidad y alegría. Aquel cortejo colocóse en orden delante de la entrada de la cripta; el anciano bajó de la silla de cedro y de marfil en la cual era llevado y alzando tres dedos de la mano derecha bendijo al pueblo, que habia hincado las rodillas.

—LEA presenciaba aquella escena, pues Constancia habia conducido á sus amigas á una torre que se elevaba al extremo del jardín de Neron, desde la cual la vista abarcaba el campo Vaticano y los admirables monumentos que le rodeaban. Allí habian hallado una anciana vestida con sencillez, pero cuyo aspecto tranquilo y venerable inspiraba respeto; y LEA, viéndola abrazar á Constancia y bendecirla, comprendió que se hallaba en presencia de la madre del César, la emperatriz Elena. Esta saludó con bondad á Cornelia y á las dos jóvenes, y les dijo:

—Vais á presenciar una ceremonia, sin ejemplo en Roma, y espero que la bendición del Altísimo reposará sobre mi hijo por el acto que se dispone á llenar en este día.

—¿Me permitís preguntaros, dijo LEA con voz tímida, cual es el objeto de esta fiesta?

Elena fijó en ella sus ojos azules, penetrantes y dulces, y respondió:

—Mi hijo, como debeis saber, ha dado á los cristianos la libertad de su fé, y en la basílica Ulpiana ha hecho profesion de esta misma fe saludable: hoy viene á rendir homenaje á los heraldos de Jesucristo, á los santos apóstoles Pedro y Pablo, muertos bajo Neron.

LEA guardó silencio: pensó en su abuelo, y toda la aversión que su educación, así como los grandes recuerdos de Roma pagana y victoriosa le habian inspirado contra el Cristianismo, despertóse violentamente en su corazón. ¿Habíanla conducido á presenciar una fiesta cristiana! ¿Á los capitanes, á los legisladores, á los cónsules, á los senadores, cuya historia le era tan fami-



liar, iba á sucederles esa plebe desde tanto tiempo proscrita, sujeta á los suplicios de los malhechores, y de los cuales detestaban los romanos hasta el nombre! Tácito mismo, el justo Tácito, ¿no habia llamado á los cristianos los enemigos del género humano?

Cornelia y Antonia no participaban de esta impresion, mezcla de antipatía y de una especie de terror; miraban, la matrona con placida curiosidad, y Antonia con un interés que apenas podia disimular. Voviose á LEA, llevola suavemente entre ella y la princesa Constancia, y la obligó en cierto modo á asomarse al balcon y mirar aquel espectáculo.

—¡Ved á mi padre! dijo Constancia gozosa; y tiñó sus pálidas mejillas un ligero carmin.

LEA veia por vez primera al Emperador, al heredero del imperio de Augusto, al triunfador de los últimos tiranos que habian oprimido al mundo. Constantino, que en aquellos instantes se hallaba en el apogeo de su gloria, llevaba con simple dignidad su nombre y su grandeza; su talla elevada y membrado cuerpo, los rasgos de su fisonomía, sus blondos cabellos, sus ojos parecidos á los de su madre, todo revelaba su origen extranjero. En este dia no llevaba ningunas de las insignias imperiales; tenia la cabeza descubierta, y se habia vestido con la clámide y el manto de los tribunos. Al verle, recordabanse los hechos notables que le habian llevado al trono, y sus victorias parecian rodearle como otros tantos guardias y listores. Elena le miraba con muda alegría, y Constancia con aire de triunfo.

—¿Veis, decia esta á sus amigas, veis aquel jóven que va al lado del Emperador? es mi hermano Crispo: los hijos de Fausta son demasiado jóvenes para presentarse en tan augusta ceremonia.

Reinaba una profunda expectacion, y todas las miradas estaban fijas en Constantino. Este avanzó hasta donde estaba el anciano, postróse á sus piés tocando con la frente en el suelo, y dijo con voz que resonó en medio del universal silencio:

—Padre Santo, confieso ante Vos y ante el pueblo cristiano que he sido esclavo del error y del pecado, y he hecho causa comun con los perseguidores de la Iglesia: he pecado por debilidad, he pecado por orgullo; no soy digno de tocar el umbral del sepulcro de los Apóstoles; pero, pues Dios me ha levantado entre los príncipes de los pueblos, pues ha colocado el poder en mis manos, hago voto y prometo elevar en este sitio, sobre el sepulcro glorioso del Príncipe de

los Apóstoles, una basílica en donde Cristo sea adorado, y la memoria de Pedro honrada como siempre!

Constantino pronunció estas palabras con fuerza, pero fueron acompañadas de lágrimas; el señor del mundo lloraba pensando en sus faltas y en las maravillas de la misericordia divina. Después juntando la humildad de la accion á la humildad de sus palabras, despojóse de su clámide, tomó un azadon, removió el suelo, y llevó en sus hombros doce espuelas de tierra fuera del lugar en que debia colocarse la primera piedra de la basílica Vaticana. Así Vespasiano habia trabajado en los fundamentos del Capitolio, destruido por un incendio.

Los arquitectos señalaron en tierra el plano de la iglesia futura que debia encerrar el sepulcro de san Pedro y de sus primeros sucesores; la gruta en que reposaban el Apóstol crucificado y los primeros Pontífices martires debia ser la base de este monumento hacia el cual convergeran los pueblos y los reyes, monumento que el génio decorará con sus sublimes creaciones, y que la piedad consagrará con tantas oraciones y lágrimas derramadas bajo sus bóvedas misteriosas.

—¡Que magnífico! exclamó Antonia á media voz; esto es mas bello que ver entrar á nuestros Cesares cargados de laureles; pero decidme, noble Constancia; ese anciano vestido de blanco, á cuyos piés se ha postrado el emperador, ¿es el que los cristianos veneran como jefe de su religion?

—Es el sucesor del apóstol Pedro, respondió Constancia con cierta expresion de respeto, y los que le acompañan son confesores de nuestra fe. Unos fueron atormentados en el ecúleo, otros fueron condenados al destierro ó á trabajar en las minas; y ahora, gracias á mi padre, ó mejor, gracias á mi Dios, son libres, estan rodeados de veneracion, y la mayor parte de ellos ofrecen los santos misterios en el altar.

—Pero esos misterios, repuso LEA con trémula voz, ¿no son dignos de horror? Perdonad, Constancia, esto piensan los paganos.

Oyo Elena estas palabras, y dijo:

—Jóven, nuestros misterios son inocentes y santos, ninguna victima es inmolada en nuestros altares; en ellos ofrecemos una hostia pura, inmaculada, y a ella juntamos la oblacion de nuestros corazones. Quedense para los paganos los oráculos de Apolo, los misterios de Cibeles y los sangrientos sacrificios que inmolaís á vuestras divinidades.



—Señora, contestó LRA, me han enseñado á venerar los dioses del imperio y á temer las supersticiones extranjeras; ¡cuán extraño me parece cuanto veo en este día!

—Hija mia, dijo Elena con benignidad; un Dios os ha amado con amor tierno, y este Dios no os abandonará.

—¡Mirad! exclamó Antonia.

El cortejo continuaba su marcha; el papa Silvestre bendecía á la muchedumbre desde la *sedes gestatoria*; Constantino tomaba el camino del palacio de Letran, y el pueblo le seguía con grandes aclamaciones.

—¡Larga vida al Emperador que ama al Cristo!

Los trabajadores, animados de un santo celo, cavaban la tierra y preparaban los fundamentos de la basílica de San Pedro.

## X.

## EN PALACIO.

La segunda esposa de Constantino, Fausta, hija de Maximiano-Herculeo, había recibido en dote un antiguo palacio, que Neron había confiscado so pretexto de conspiración, y que hubiera podido decir como el Romano proscrito por Rila: «¡Mi palacio me ha perdido!»

Aquel vasto edificio se elevaba en un sitio admirable: desde sus ventanas descubriase por un lado un inmenso anfiteatro y un templo antiguo dedicado á Venus: por otro lado la campiña romana atravesada por majestuosos acueductos y limitada por las montañas de la Sabina, coronadas por una niebla azulada. Vivía reunida en palacio toda la familia de Constantino: su madre Elena; los hijos de su primer matrimonio, Crispo y Constancia; su esposa Fausta y los tres hijos que había tenido de ella, y que subieran mas adelante las gradas del trono imperial.

De este modo el lazo sagrado de la familia reunía sangres extrañas y razas diferentes; la hija del cruel perseguidor de los cristianos, y la santa abuela que no vivía sino para Dios; los hijos mayores de Constantino, fieles los dos á la Iglesia, y sus jóvenes hermanos, nutridos en secreto con la leche de la herejía; todos eran cristianos, pero en diversos grados y con mas ó menos sinceridad: el Emperador y su hijo eran del número de los catecúmenos; Elena y su nieta habían ya recibido el Bautismo; Fausta, aunque bautizada, tenía alguna duda sobre la pureza de su creencia, y no se unía á los actos y oraciones de su suegra y de Constancia.

Estas dos estaban unidas; unidas por la sangre, por la fe, por el amor á Cristo, por el amor á los pobres: aunque de diversa edad, la mas íntima confianza unía sus pensamientos y sus deseos, no se separaban un momento, visitaban juntas las iglesias y los oratorios dedicados á los Mártires, juntas recibían á los diáconos y diaconisas que tenían á su cuidado los tesoros de la Iglesia, las viudas, los huérfanos y los ancianos; juntas trabajaban para el ornato de los altares que el sol debía en adelante iluminar, ó para vestir á los menesterosos. Ambas eran las primeras de esas reinas y princesas cristianas que han depositado su diadema al pié de la Cruz, y que han preferido á los títulos inventados por el orgullo humano el humilde dictado de madres y siervas de los pobres. ¡Y era en el palacio de Neron donde llevaban una vida tan santa, y cuyos placeres tenían algo de celestial!

Ocupaban una habitación retirada de esta mansión en otro tiempo suntuosa, y habían escogido la mas sencilla, y la que presentaba menos vestigios de las fiestas paganas que aquellas paredes habían presenciado. La piadosa Emperatriz había mandado hacer pedazos las cabezas de sátiros, las bacantes furiosas, las náyades y las ninfas que adornaban los artesonados: habiendo cesado las persecuciones, aquellos mármoles, aquellos mosaicos, aquellas pinturas no representaban á los ojos de los fieles las bellezas del arte de Zeuxis ó de Fidias, sino que recordaban las abominaciones y crueldades de la idolatría; y los cristianos hubieran mirado con horror la fria tolerancia que hubiese respetado á aquellos dioses de las naciones, que no eran sino demonios. Constancia había colocado en su aposento una de esas cruces ornadas con perlas y rosas con que los artistas mártires adornaban los sombríos muros de las catacumbas; al lado había una antigua imagen representando con colores vivos sobre fondo de oro la santísima Virgen, llevando en brazos á su divino Hijo, cuya pintura atribuía la tradición al evangelista san Lucas.

(Se continuará)

MATILDE BOURDON.



## Á EL AMOR DE MI ALMA.

*Dios de bondad, Ser supremo  
yo te adoro; el alma mia  
con amorosa porfía  
quiere expresarte su amor.  
Que si un corazón enfermo  
te invoca con esperanza  
de Ti la salud alcanza,  
que Tú endulzas el dolor.*

*Oh! si; Tú bajas del cielo!  
lo dicen los ruiñeñores  
que hacen nido entre las flores  
que perfuman tu almo altar,  
y el son plácido y sereno  
de la limpia y clara fuente,  
y hasta el céfiro naciente  
que hace al nardo suspirar.*

*Tú bajas, cuando mas bella  
la blanca aurora desciende;  
cuando el corazón se enciende  
con el fuego de tu amor;  
cuando el suspiro mas dulce  
se escapa de nuestros labios;  
cuando borras los agravios  
que te inferimos, Señor.*

*Cuando graciosos festones  
en la rosa purpurina  
forma el alba diamantina  
con las perlas que lloró;  
cuando en la bordada orilla,  
de las alfombras dechado,  
es tu nombre saludado  
por la brisa que pasó,*

*Y esa luz de que el espacio  
se llena tan suavemente,  
esa poesía que siente  
inspirado el corazón.  
¿Quién sino Tú, cuando bajas  
á darnos salud y vida,  
hace que sea sentida  
para aliviar la aflicción?*

*¿Quién sino Tú, padre mío,  
pudo dar rica armonía  
al primer albor del día  
cuando el campo iluminó?  
¿A quién sino á Ti se elevan  
las nubes mas nacaradas  
cuando forman apiñadas  
su nevado pabellón?*

*¿Quién fabricó los cimientos  
que sostienen ancho mundo?*

*¿Qué poder sabio, profundo,  
hizo el cielo de zafir,  
y arrollos murmuradores  
donde juegan las estrellas?  
¿Quién mueve esas ondas bellas  
que hacen un suspiro oír?*

*¡Tú, Dios mío! que al poeta  
le fomentas en el alma  
de rosas tegida y palma  
una lira celestial,  
cuyo lenguaje sublime  
se escucha en la brisa pura,  
por eso cuando murmura  
quiere con el vate hablar.*

*¡Tú, Dios mío! que de dones  
divinos, premias al hombre  
que adora con fe tu nombre,  
que arrepentido lloró.  
Tú, que al ateo confundes  
con el brillo de tu gloria,  
Tú, cuya divina historia  
el Universo admiró.*

LUISA.

## EL RICO Y EL POBRE,

CUENTO DE GRIM.

Tras una vida llena de azares y de trabajos, falleció un pobre aldeano, y su alma dirigióse inmediatamente al cielo.

Coincidiendo con esta muerte, ocurrió la de un noble y poderoso caballero, cuya alma tomó el mismo camino que la del aldeano.

Juntas llegaron ambas á la puerta del cielo, y San Pedro, provisto de las correspondientes llaves, abrió y dejó pasar primeramente al alma del poderoso, haciendo caso omiso de la del aldeano que se quedó arrinconada en un lado.

Cerró la puerta el Apóstol guardian, y el alma del infeliz aldeano escuchó los cánticos de alegría y las regaladas músicas con que en la gloria se recibía á la del poderoso señor.

Cuando cesaron las músicas, el alma, que tan pacientemente esperaba volvió á llamar, y San Pedro acudió diligente á franquearle la entrada.



Lo mismo el Santo portero que los ángeles recibieronle afablemente; pero no hubo cantos, ni músicas, ni ninguna de aquellas celestiales armonías con que se solemnizara la entrada de la primera.

Entonces el alma del aldeano se dirigió á San Pedro y le preguntó:

—Decidme, señor, ¿en qué consiste que el poderoso ha sido tan ostentosamente recibido aquí, y al pobre no se le festeja? ¿Acaso reina en este lugar la desdichada parcialidad que existe en la tierra?

—No tal, repuso el Santo Apóstol, Tú eres tan grato á nuestros ojos como todos los buenos. Para nuestro cariño no hay preferencia de ningún género, y tú vas á disfrutar de todos los goces que á los que obraron bien reserva el paraíso; pero como pobres desgraciados como tú vienen todos los días, y poderosos entran solamente uno cada cien años, justo es que celebremos con tanto regocijo su llegada.—X.

#### MARIA SANTISIMA ENTRE LOS IDOLATRAS.

El P. Hopper, celoso misionero del Indostan, hácia la parte occidental de Bengala, refiere un hecho prodigioso sucedido no ha mucho en la villa de Manapadam. Situada en un país todo pagano, no contaba mas que un reducido número de católicos, mas no por eso dejaba Dios de ser fielmente servido, y aun su santísima Madre tenia una humilde capilla. Desde mucho tiempo no habia caído una sola gota de lluvia en todo el territorio de Manapadam: la sequedad era extrema, y la cosecha en grave peligro de perderse. Bien habian los indios recurrido á todas sus prácticas supersticiosas, pero en vano, el cielo permanecía cerrado, y la tierra estéril. Deliberaron probar un último esfuerzo: el punto consistía en saber á cual de entre sus divinidades se dirigirían en su última demanda. En su perplejidad la suerte fué la encargada de decidir. Con que tomaron once hojas de palmera y escribieron sobre cada una de ellas el nombre de una de sus principales divinidades. Algunos indios propusieron que se añadiese una duodécima hoja, sobre la cual se escribiese el nombre de María la protectora de los cristianos. Aceptóse el consejo. Encendiéndose una gran hoguera en medio de la plaza pública, y en presencia de todo el pueblo, arrojaron en ella las doce hojas, diciendo, que aquella divinidad cuyo nombre respetasen las llamas, seria la única que se invocase. Apenas las llamas tocaron las hojas, que ardieron estas y fueron reducidas á cenizas. Pero ¡oh maravilla! solamente una queda intacta en medio de las brasas: era aquella que tenia escrito el nombre de María. Desde entonces cesa toda duda; debia-

se invocar á María, y corre el pueblo al pequeño Santuario de María, gritando: «solo el Dios de los cristianos existe, y su Madre es omnipotente.» Bien que interesado este homenaje, no desagradó á la Madre de misericordia. Apenas salidos de la capilla los indios, cuando formándose nubes en el cielo, cae una abundante lluvia sobre la tierra, que la fecundiza; la mies estaba salvada. Pero María hace todavía mas: envía el rocío de la divina gracia sobre aquellos corazones estériles, y gran número de idolatras movidos por aquel milagro se convierten. La hoja salvada de las llamas se conservó en la capilla de María en Manapadam.

#### Á GRANADA.

*Me dicen que es tu cielo risueño y despejado,  
Que es tu florida vega un delicioso eden;  
Que encierras en tu seno tesoros ignorados;  
Que fuiste en otros siglos del árabe sosten.*

*Que tienes hondos valles, fructíferas colinas;  
Que corren á tus plantas el Dauro y el Genil;  
Que brotan en tu suelo mil fuentes cristalinas,  
Que siempre están perennes las flores de tu Abril.*

*Que trinan por doquiera canoros ruiseñores  
Ocultos en tus bosques de mirto y de laurel,  
Que esparcen sus aromas y muestran sus primores  
Formando con sus ramas y flores un dosel.*

*Que estás bajo una sierra de nieves coronada,  
Que posas sobre alfombra de nardos y alhelí,  
Y que en tu verde césped quedaron señaladas  
Las huellas fugitivas de tanta hermosa huri.*

*Que existen en tu Alhambra las bellas inscripciones  
Que allí dejó grabadas el génio musulmán  
Y al pie de tus murallas y antiguos torreones,  
Mil sombras invisibles vagando siempre están.*

*Que el polco de tus ruinas esconde mil historias  
De tristes desventuras, de dichas y de amor;  
Que tienes en tus muros escritas las memorias  
De tanta hermosa virgen, de tanto trovador.*

*No hay lengua que no cante tus mágicas bellezas;  
No hay génio á quien no infundas sublime inspiracion;  
No hay ser á quien no asombren tus árabes grandezas,  
Ni bardo que á tu Alhambra no entone su canción.*

*Y yo, aunque no he pisado su hermoso y fértil suelo,  
Ni diéronme su sombra tus bóvedas de azahar,  
Ni tuve la ventura de ver tu puro cielo,  
Mi amor, bella Granada, te rinde su cantar.*

MARIA GALAN Y GODOY DE ESTÉBAN.



## SECCION DOCTRINAL.

## LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Vamos, señora, murmuró María, estrechando contra su corazón el pequeño Mauricio, que V. E. dice unas cosas...

—La verdad, hija mía, la verdad nada mas, sin asegurar, sin embargo, que todas sean lo mismo.

—Oh! yo amo con toda mi alma á este ángel, y si creyera que en algo podía causarle mal...

—Ahora, sigamos adelante, para enseñaros en que se falta al precepto de *no matar*. El vendedor que por aumentar su ganancia, expende los géneros adulterados, el traficante en vinos ó bebidas espirituosas, que por darles mejor apariencia las mezcla con ingredientes que pueden ser dañinos; el médico que con un estudio detenido no se dedica siempre á su santa profesion, el enfermo que se niega á tomar las medicinas que le prescribe la ciencia; el que cometa excesos de cualquier género: y en fin, todo aquel que ya impensadamente, ya un modo deliberado se espone á perder la vida ó á provocar una enfermedad. En todo esto, hijos míos, se ofende á Dios, y todo esto está comprendido en el quinto mandamiento: Ya veis cuan expuestos estamos á faltar á él, sin necesidad de cometer un homicidio violento, ni derramar la sangre del prójimo.

—Es verdad que yo no habia pensado en nada de esto señora, murmuró Petra el ama de llaves, y ahora veo que tiene V. E. razon.

—Ni yo tampoco, exclamó José; y todos nos creimos tan seguros... vea V.

—Tambien, hijos míos, hay otras mil faltas contra este precepto, El que es colérico y promueve riñas ó cuestiones, decidme, ¿no está expuesto á herir ó matar, ó á perder él mismo la existencia?

Y ¿que os diré, hijos míos, de esa culpable costumbre á la que el mundo llama fácilmente ley de honor, siendo tan solo la mayor y mas horrendas de las culpas?

¿Que os diré de los duelos, de los desafíos, en los cuales, y á veces por un motivo despreciable y pequeño, se expone un hombre á perder la vida ó á arrancársela deliberadamente á un semejante suyo?

—Pero abuelita ¿que significa eso de duelo ó desafío? por que yo á la verdad no lo entiendo? dijo Adolfo con curiosidad.

—Yo te lo explicaré con mucho gusto, hijo mio, para que, cuando seas grande y frecuentes la sociedad, te hagas respetar por tu lealtad, por tu honradez, por tu

virtud, y no por esos alardes de valor mentido que distingue á los matones y espadachines.

—Pero ¿qué es un desafío...?

—Es ponerse frente á frente dos hombres, dispuestos á dar ó recibir la muerte: es decir, á hacerse reos de dos culpas? la de asesino y de homicida.

—Pero por que hacen eso?

—Por un error terrible, Adolfo mio! por que juzgan en su ignorancia que la ofensa que se lava en sangre ya no es ofensa, porque creen que el ultraje recibido, queda borrado con la punta de una espada ó con el cañon de una pistola; por que juzgan hijo mio, que el hombre que recibe un insulto y no exige del que se lo ha inferido una satisfaccion envuelta en una bala, ni es digno, ni distinguido, ni noble.

—Entonces, abuelita, y segun esas leyes, los mas valientes, serán los mas honrados; y los mas atrevidos, los mas dignos?

La anciana se sonrió y murmuró con bondad,

—Así, ó lo menos quieren demostrarlo.

—Entonces, dijo el niño con seductora gracia, cuando un hombre acuse á otro de haber inferido una muerte, debe el acusado para sincerarse y para borrar la calumnia, matar al que tal á dicho, y así quedará justificado, y nadie pensará que es capaz de cometer un homicidio.

La anciana miró á su nieto con cariño y exclamó.

—Has acertado, hijo mio, y tu explicacion es sumamente significativa, Además de lo necio y lo absurdo del duelo, es una violacion de las leyes divinas y humanas, y la sociedad y la iglesia le han condenado igualmente. En la legislacion Francesa, el duelista tenia el mismo castigo que el homicida; y el concilio Tridentino señaló como pena á los que llevaran á efecto un desafío la confiscacion de bienes, la negacion de sepultura eclesiástica al que muriera en aquel acto; y la excomunion mayor, tanto al retador como al retado y á los padrinos y testigos. Y no penseis que la iglesia á estado severa al lanzar semejante anatema. No; porque ella como madre cariñosa y celosa de nuestra dicha y de nuestra paz sabe que el mayor de los bienes temporales es la vida y la quiere poner á cubierto de los ataques de nuestra propia barbarie, señalando un infierno como castigo al que de cualquier modo contravenga á este mandamiento. Y tan justa y tan sabia es esta opinion, que no creemos que la impiedad moderna alze contra ella su voz

(Continuara.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.